FRANCIA Y LOS AÑOS
DE JUVENTUD DE
JAIME TORRES BODET
(1902-1929)

*Marcio Orozco**

RESUMEN: El texto muestra la influencia francesa en la formación del escritor y diplomático Jaime Torres Bodet: el despertar de su vocación literaria; las lecturas de sus primeros años; el tiempo que trabajó con Vasconcelos y sus inicios en la diplomacia mexicana.

PALABRAS CLAVE: Jaime Torres Bodet, vocación literaria, influencia francesa, Vasconcelos, los Contemporáneos.

ABSTRACT: In this article, we will explore the French influence on the education of writer and diplomat, Jaime Torres Bodet, namely his literary calling, his favorite childhood books, his time working with Vasconcelos and finally, his start as a Mexican diplomat.

KEYWORDS: Jaime Torres Bodet, literary calling, French influence, Vasconcelos, the Contemporaries.

FRANCIA Y LOS AÑOS DE JUVENTUD DE JAIME TORRES BODET (1902-1929)

Introducción

140

Francia ocupó un lugar preminente en los primeros años de la vida y durante la temprana formación literaria y política de Jaime Torres Bodet. Este texto tiene como propósito mostrar este sesgo francés en los primeros años de la vida del escritor y político. Abordará el despertar de su inclinación literaria; en segundo lugar, estudiará sus lecturas alrededor de los años de la Primera guerra mundial; finalmente, presentará los años que transcurren desde el trabajo con José Vasconcelos hasta el primer paso en la diplomacia mexicana. Este ensayo se propone mostrar la profundidad de la impronta de lo francés desde los

años de juventud en este gran escritor, político y humanista mexicano.

Despertar de una inclinación

Primeros pasos

Jaime Torres Bodet nació en la ciudad de México el 17 de abril de 1902. Sus padres fueron notables de la época final del Porfiriato, Alejandro Torres Girbent y Emilia Bodet de Torres. Su padre era de ascendencia catalana y era un empresario del teatro en México, organizador de un gran número de óperas en el Teatro Arbeu en las primeras décadas del siglo XX. Los abuelos maternos de Jaime eran de lengua materna francesa. Por su madre

aprendió el francés desde muy joven, ella se encargó de los primeros años de instrucción primaria del niño, basada en los libros aprobados por el gobierno. En casa la dotación escolar contaba con una selección en francés de poetas y prosistas del siglo XIX.¹ El pequeño Jaime conoció el mundo de la geografía por medio de la obra de Elisée Reclus.² Muy pronto se despertó en el niño el interés por los relatos instructivos de Julio Verne en las colecciones que recibía la Casa Bouret.³ La curiosidad por lo francés se despertó también por medio de un amigo de la familia, el señor Duval, tenedor de libros de una joyería afamada de la ciudad de México. Había nacido en Francia y había hecho fortuna en Argentina. Vino a vivir a la ciudad de México. Iba con el niño Torres Bodet al cine con frecuencia; entre otras muchas funciones, vieron a Gabriela Robinne en *La reina de Saba* o sonrieron con las comedias de Max Linder.⁴

Torres Bodet se incorporó a la escuela anexa a la Normal en tercer grado y concluyó su educación primaria en 1912. En el mes de febrero de 1913 ingresó a la prestigiosa Escuela Nacional Preparatoria, por entonces militarizada a causa del régimen de Victoriano Huerta. La “cátedra”

de francés fue impartida por el señor Dupuy; el poeta y profesor de literatura española fue Enrique Fernández Granados (“Fernangrana”) quien, además de enseñar lo que le correspondía, “declaraba estupenda la obra entera de Víctor Hugo y dejaba caer sobre los demás, desde Villón hasta Baudelaire, el velo de una indulgencia sin entusiasmo”.⁵

Su formación en la escuela y en la universidad fue un período de aprendizaje y socialización intensos. Sobre el grupo de jóvenes que, como Torres Bodet estudiaban en esta institución académica, se ejerció principalmente la influencia del Ateneo de la Juventud, sociedad intelectual.⁶ Sus principales maestros y guías de su temprana producción literaria fueron Enrique Fernández Granados y sobre todo Enrique González Martínez.⁷

Vocación literaria

Después de recibir un día el elogio de Fernández Granados por un trabajo escolar y entusiasmado por este logro dio sus primeros pasos de autodidacta, leyendo de forma asidua a

⁵ *Ibid.*, p. 29.

⁶ Annick Lempérière, *Les clercs de la nation. Intellectuels, Etat et société au Mexique, (1910-1968)*, 1992, París, Editions L'Harmattan, p. 39.

⁷ Torres Bodet, *op. cit.*, p. 61. Enrique González Martínez prologó su primer poemario, *Fervor*, en 1918.

¹ Jaime Torres Bodet, *Memorias*, vol. I, 1981, México, Porrúa, p. 6.

² Geógrafo francés, 1830-1905.

³ Torres Bodet, *op. cit.*, p. 17.

⁴ *Ibid.*, p. 8.

NOTAS

Cervantes, Quevedo y Lope de Vega. También, cuando se fatigaba de tanto desafío literario, pedía alimentos más fáciles al bibliotecario: “la *Graciela* de Lamartine, por ejemplo con sus románticas tricomías [...] la traducción del lacrimógeno *Jack* de Daudet”, etc.

Cierta noche, la coincidencia de dos obras sobre su mesa (*El genio del cristianismo* de Chateaubriand y *Los caracteres* de La Bruyère) le inspiró el deseo de redactar un tratado acerca de la influencia de la moral sobre el concepto de la belleza. Trazó su plan. Creyó sugestivo recurrir a la apología de la naturaleza; ya algunas escenas sentimentales de Chateaubriand le abrían la senda. Persiguió otros caminos de inspiración poética que el orientalista y poeta Volney con sus *Ruinas*,⁸ le procuró. Su ambición fue creciendo con sus lecturas. Había encontrado en las observaciones de un manual una referencia a Bernardin de Saint Pierre en sus *Estudios de la naturaleza*; entonces los adquirió. Como tantos volúmenes no podían ser consultados en la Preparatoria y como Torres Bodet no podía justificar ese trabajo suplementario sino fuera de las horas del día escolar, encontró un lugar apropiado en la biblioteca del Museo Nacional. Ahí terminó pronto lo que titularía *Las*

armonías del universo y que nunca sería publicado. Torres Bodet no recordaría ni conservaría más de dos o tres años este escrito. Sí recordaba más tarde en sus *Memorias*, el repertorio de estampas nobles en relación con la moral: un amanecer en el Niágara, un claro de luna en el estrecho de Magallanes, un terremoto en la Martinica, el silencio de Cuauhtémoc, Julio César y el paso del Rubicón...⁹

La Universidad

Al terminar el otoño y principiar los primeros fríos de 1917, Torres Bodet concluía su período de exámenes del último año de la Escuela con gran éxito. Decidió dedicar las tardes a pasear, siempre con un libro amado bajo el brazo, entre los cuales figuraba la antología poética de Paul Léautaud (1900). De esa afición de peripatético contagió años más tarde al protagonista de su primera novela, *Estrella de día*, publicada en 1933. De él se escribe lo que del joven Torres Bodet hubiera podido escribir el observador de aquellos paseos: “Con el orgullo con que otros llevan al bosque a sus perros, sus yeguas o sus amantes, llevaba a pasear a Cervantes, y a Baudelaire, a Goethe y a Góngora. Leía mientras andaba”.¹⁰ A estos años

⁸ *Ruinas o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios* (1791).

⁹ Torres Bodet, *op. cit.*, p. 38.

¹⁰ *Ibid.*, p. 45.

se remontan sus lecturas de Francis Jammes, sugerido por su amigo y compañero Bernardo Ortiz de Montellano y también aquellas otras que después se concretaron en libros de crítica y cursos en el Colegio Nacional: Stendhal, Dostoievski, Pérez Galdós o Balzac.¹¹

En 1918, al momento de inscribirse como alumno en el primer año de la Facultad de Jurisprudencia, el atractivo de algunos de los maestros que figuraban en la nómina de la escuela era un incentivo para Torres Bodet. Descollaba entre ellos Antonio Caso; traductor de Boutroux y expositor de Bergson, era el valor más claro y la más alta cumbre de la universidad. Caso era “un soplo férvido de humanismo. Simbolizaba la reacción más dichosa —y más efectiva— contra ciertos abusos positivistas, que habían acabado por deformar, en beneficio del porfirismo, la enseñanza de Augusto Comte”.¹²

Obedecía a esa concepción positivista el plan de estudios que Gabino Barrera trazó para la Escuela Preparatoria, fábrica de inteligencias sistemáticas y laboratorio de un orden político “liberal”. Como lo había advertido el ministro Justo Sierra en

su memorable discurso de 1910, “una figura de implorante vagaba en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía”.¹³ En respuesta a la imploración de esa figura, el Ateneo de la Juventud había promovido la crítica de Comte. En 1918, para quienes tenían menos de veinte años, fue en extremo propicio encontrar, al terminar el bachillerato y al empezar la carrera de leyes, el humanismo de Antonio Caso.

Lecturas

Las letras y la Primera guerra mundial

En las charlas con Enrique González Rojo, hijo del profesor y poeta Enrique González Martínez, Henri de Regnier y Jean Moreas seguían siendo los “poetas-héroes” no discutidos. A solas, sin embargo, comenzaba Torres Bodet a desconfiar de sus propias aficiones. Buscaba ejemplos más generosos, formas métricas más flexibles, “temas” menos intelectuales, realizaciones más objetivas. Una transición se anunciaba, que lo llevaría de González Martínez a Antonio Machado, de Shelley a Keats, de Verlaine a Baudelaire, de Darío a Villaespesa.¹⁴

¹¹ *Ibid.*, p. 52. El primer libro de ensayos de crítica fue titulado, *Tres inventores de la Realidad. Stendhal, Dostoyevski, Pérez Galdós*, 1955, México, UNAM. El segundo, *Balzac*, 1959, México, FCE (Breviarios, 149).

¹² *Ibid.*, p. 58.

¹³ *Ibid.*, p. 59.

¹⁴ *Ibid.*, p. 60.

NOTAS

Muchos escritores mexicanos habían compartido, durante la guerra, los entusiasmos de la sociedad “Amigos de Francia”. Pero, atrasados en sus informes acerca de Europa, la Francia en la que confiaban no era tanto el país que peleó heroicamente ante el invasor de 1914, cuanto la República de Danton, de Pasteur y de Victor Hugo. La imagen que se hacían de ella no coincidía estrictamente con el perfil de la patria de Poincaré, sino con el de la patria de Felix Faure, presidente del siglo XIX. Sus más recientes poetas no eran todavía para ellos Apollinaire y Cocteau, sino Francis Jammes y Ana de Noailles. “Mientras la lucha internacional, como un enorme torrente, pulía las guijas que lanzaba Paul Valéry a la cabeza del simbolismo, nosotros continuábamos elogiando la gracia de Anatole France”.¹⁵ Las obras que llegaban a la librería francesa de Gabilondo no parecían venir de una nación en guerra; eran todavía, bajo las amari-llas cubiertas del Mercurio, *Les villes tentaculaires* y *Clara d'Ellebeuse*, *Lettres à l'Amazone* y *La Porte Etroite*. El armisticio había cambiado todas las perspectivas. La paz iba pronto a arrancar a ese rostro desconocido —el de la Francia de entonces— las vendas con que la guerra lo había disimulado. Aun para quienes lo veían desde lejos, a través de periódicos y revistas, resultó diferente del que

podían presentir. Con la guerra habían desaparecido el simbolismo y el impresionismo.

Aparecía en la posguerra la novela de Marcel Proust; les era conocida por cuatro tomos. Los dos de *Por el camino de Swann* y *A la sombra de las muchachas en flor*. Iba a costarle trabajo a Torres Bodet penetrar en aquel universo, asfixiante a veces. Cinco años transcurrirían antes de que su obra consiguiese interesarlo de veras. La primera lectura había bastado, no obstante, para hacerle sentir que la concepción europea de la novela estaba experimentando una intensa crisis. Para algunos, la tentación de ir a Europa se presentaba como un deber de actualización literaria frente a estos cambios.

Gide

Al tiempo de las tertulias de Enrique González Martínez, en la calle de la Magnolia, alrededor de 1918, Torres Bodet hizo el descubrimiento de *El inmoralista* de André Gide; consideraba que Gide era un riesgo para los jóvenes. Su inmoralismo hubiera podido serle tanto más peligroso cuanto se introducía en sus convicciones por la puerta tan familiar de su educación jansenista. La rebeldía moral de Gide se acercaba a los de su generación, apunta Torres Bodet en sus *Memorias*, “con seducciones y frases

¹⁵ *Ibid.*, p. 64.

imperceptibles, veladas siempre por alguna máxima honrosa y encubiertas por algún antifaz puritano, de filosófica discreción”.¹⁶ Por momentos, “Satán se desembozaba”: “Busco en la embriaguez –por ejemplo, leía en esos años– una exaltación y no una disminución de la vida”. O, también, “no puedo exigir que los demás posean mis virtudes. Sería ya mucho que encontrase en ellos mis vicios”. Pero, inmediatamente (no había publicado aún ni *Corydon* –apología de la homosexualidad–, ni *Si le grain ne meurt*, su autobiografía), cerraba el curso de sus confidencias y reaparecía el género de la conferencia. El inmoralismo, seudoclásico de Gide –señala Torres Bodet– se acercaba al lector de manera envolvente, con cautelas y púdicos retrocesos.

Más que por sus relatos, le interesaban sus textos críticos que siguió considerando lo mejor de su producción: las conferencias que tradujo para *Cultura*, con el título de “Los límites del arte”, y ciertos comentarios acerca de Flaubert, de Barrès y de Baudelaire. En el prólogo que escribió para esta selección de textos de Gide, se deslizaron algunas líneas por las que advertía que ya desde aquellos días le molestaba la habilidad de Gide para el disimulo. Así, al referirse al inmoralista, apuntaba Torres Bodet que “con un poco de buena voluntad, Gide hubiera podido poner a su no-

vela, en vez de un epígrafe evangélico, algún pensamiento del *Crepúsculo de los ídolos*”.¹⁷

Torres Bodet comentó en sus *Memorias* de 1953 que no todo fue dañino en la frecuentación de los libros de Gide: al contrario. Gracias a ella percibió que la obra de arte es obra de razón y de voluntad, que el secreto del genio está en ser lo más humano posible, que el temor a las influencias implica un espíritu exiguo, incapaz de repudiarlas o –asimilándolas– de vencerlas. En suma, que la libertad, en poesía, no es la consecuencia de una falta de obligaciones, sino del dominio de esas obligaciones por el ejercicio del talento. Lección interesante, después de todo, puesto que al margen del inmoralismo vital de Gide se erigía, merced a la lucidez de su inteligencia, una moral estética muy estricta y digna de admiración.

145

Cerca de Vasconcelos

Permanecer en México

Después de 1918 y en el trascurso de sus estudios universitarios, a Jaime

¹⁷ Siguió en sus *Memorias*: “Creo que acertaba yo en el reproche. Pero a continuación, atribuía aquella duplicidad –inocentemente– al temor de citar a un autor moderno. Como si ése, en realidad, hubiese sido el motivo de Gide, y no el deseo de proteger los escabroso de su novela con la invocación de un salmo; invocación que le daba además oportunidad de envilecer la cita y para deformar, de hecho, su contenido”, *cfr. ibid.*, p. 69.

¹⁶ *Ibid.*, p. 69.

NOTAS

Torres Bodet le inquietaba conocer Europa. Estudiar en París le parecía la materialización de un difícil sueño; sin embargo, debía de momento esperar mejores condiciones económicas en casa. Al tiempo de la agonía de un familiar, en un momento en el que el analgésico le concedía unas horas de alivio le quiso dar a su sobrino su último regalo: un libro sobre Francia. Una semana después fallecía. Días después, a fin de salvar a su madre de la tristeza, insistió en su proyecto de ir a París a hacer algunos estudios en la Sorbona, sacrificando sus estudios para concretar su vocación literaria.

Otras tareas se entrometieron en el camino de este ambicioso proyecto, y también una amistad: la viuda que regentaba la pensión que rentaron Torres Bodet y su madre durante las últimas semanas antes de irse al extranjero. Esta amistad fue fundamental para alegrar el carácter de doña Emilia Bodet; esto hizo dudar al hijo de la oportunidad del viaje. Pero para cancelar el proyecto conjunto faltaba un argumento definitivo: fue la oferta laboral que le ofreció a Torres Bodet, Alberto Vázquez del Mercado, secretario general del Distrito Federal y amigo del grupo de jóvenes de la misma generación. Aceptó en 1920 el cargo de secretario de la Escuela Nacional Preparatoria, institución donde se había graduado hacía apenas tres años; un año después, José Vascon-

celos, rector de la Universidad Nacional, lo invitó a ser su secretario particular. En 1922, Torres Bodet ocupó el cargo de una división importante de la Secretaría: la Dirección de Bibliotecas. En ésta promovería el aprovisionamiento de bibliotecas en todo el país. Entre los libros sugeridos por Vasconcelos para las bibliotecas de 150 ejemplares se encontraban libros de Balzac, Victor Hugo, Montaigne, Descartes, Pascal y Juan Jacobo Rousseau, y un contemporáneo, Romain Rolland. Entre los libros científicos se incluyó la *Psicología del niño* de Claparède.¹⁸

A partir de diciembre 1922 apareció la revista *Falange*; sólo alcanzó seis números, pero colaboraron en ella un gran número de escritores y pintores de primer rango: Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Ramón López Velarde, Manuel Toussaint, Diego Rivera, Roberto Montenegro y algunos otros. Incluía, además de artículos y dibujos, tres secciones, una de poetas jóvenes, otra de literatura popular y finalmente una tercera de crítica de libros, muchos de ellos franceses.¹⁹

Proust y Montaigne

A pesar de que el mundo de Balzac le resultaba más familiar por las reso-

¹⁸ *Ibid.*, p. 104.

¹⁹ *Ibid.*, p. 106.

nancias de antepasados franceses que se despertaban en él, Proust describía en su imaginario un mundo porfirista en el crepúsculo. A través de las pláticas de su madre y de los relatos prolijos de sus tías, sentía penetrar la influencia de una Francia muy “Luis Felipe”, romántica y formalista, asimilable a los ambientes de la novela de Balzac. Era todo diferente para la lectura de Proust. En este caso, la vida tan morosamente cantada por este autor francés evocaba en su espíritu los fantasmas de una época: “los ventanales iluminados del Café Chapultepec, las carretelas de lujo de la Reforma y, en los intermedios de Teatro Arbeau, ciertos palcos constelados de rubíes y cruces de órdenes extranjeras”.²⁰ Proust fue descubierto poco a poco de “aquel velo engañoso y superficial” por las insistencias de las lecturas del mexicano. Bajo el simulacro que lo había repelido al principio, en los capítulos más mundanos de *À la recherche du temps perdu*, fue advirtiendo lentamente la finura del análisis psicológico, la riqueza sensible y la fuerza plástica. En suma, descubría la cualidad de un gran literato francés. La obra de Proust lo absorbió por espacio de varios meses. Hubo resistencias, pero tan pronto como adaptó su visión al ritmo peculiarísimo de su idioma, comprendió

cuál era su claridad. Proust no aísla nunca un perfil, porque nunca traza una línea que no se enlace con la infinidad de figuras y de momentos que la vida externa le representa. Proust deja fluir los caracteres, con imparcialidad de geógrafo, con deleite de cirujano y con una tolerancia gratuita de paisajista. Torres Bodet discernía en Proust la dificultad de entregarse; el amor pocas veces procede de la simpatía inmediata; al contrario, se forma a pasos cortos, merced a una serie de “matices indiscernibles” (comillas de Torres Bodet) y de diferencias inexpresables —los celos ocupan término principal. La obra de Proust conquistó lentamente a Torres Bodet. “Las cualidades más estimables eran aquellas que en un principio me producían mayor enojo: la tenacidad, la aparente indolencia —y esa pericia con que a través de las frases interminables, su mano de asmático va encontrando el adjetivo insustituible, la pausa lógica y la luz del adverbio bien merecido”.²¹ Algunos exageraban la importancia del enlace del estilo de Proust y la filosofía de Bergson. Lo que descubría Torres Bodet era más bien que “lo que Proust más se empeña en hacernos ver no es el precio de la memoria, sino el valor del olvido, como fórmula de embalsamamiento del pasado

²⁰ *Ibid.*, p. 126.²¹ *Ibid.*, p. 127.

NOTAS

y como muralla de protección para defender al recuerdo de la acción deformante de la memoria imaginativa”.²² Finalmente, Proust como prestidigitador es capaz, a partir de un objeto o una sensación anodina, de abrir una ventana de la imaginación hacia una escena o un mundo coherente.

De Proust, pasando por el Duque de Saint Simon,²³ solía regresar a la lectura de otro de sus maestros: Montaigne. Este autor estaba situado en un siglo privilegiado para la observación de un gran número de fenómenos humanos: el renacimiento y la reforma; el descubrimiento y la colonización de América, junto con la hegemonía española de Carlos V. “Una época a la que se vuelve siempre que se busca el origen de un pensamiento, de una pasión o de un gusto vivos aún en la mente contemporánea”.²⁴ También es la época del cuerpo explorado por los médicos, del triunfo del individuo, del espejo como objeto representativo de una época. Lo que le llamó la atención a Torres Bodet en el autor de los *Ensayos* fue su calidad de término medio. Mediocridad de cuna, de casta, de temperamento. Entiéndase como mediocridad una

condición que no llama la atención por notables cualidades; Montaigne combina un epicureísmo elegante con un estoicismo al que las actitudes declamatorias repugnaron constantemente. También percibía ciertas cualidades clásicas del escritor francés en esos años: una inteligencia del matiz que le permitía apreciar, en cualquier acción, esas delicadezas de luz, esos bruscos saltos de sombra que sólo un pintor descubre, al hacer un retrato, en el semblante que copia y, al asomarse a un paisaje, en la naturaleza que admira. Una privilegiada aptitud, sobre todo, para percibir la decrepitud paulatina de los objetos, las metamorfosis lentas del alma, la carrera inmortal del tiempo.²⁵

Desde el observatorio en que lo había situado el conocimiento de Proust, comprender a Montaigne era cosa fácil. En cuanto al sentido estético de la obra, el alcalde de Burdeos era clasificado como impresionista. Este francés lo insinuaba: “No pinto el ser, sino el tránsito”. Lo que se resistía más a su entendimiento no eran sus teorías, era su esencia, su condición de hombre “multánime” (en expresión de Torres Bodet) y ondulante. Montaigne, en efecto, se veía al espejo incansablemente, como Narciso; la diferencia entre uno y otro consistió en que Montaigne no se ahoga.

²² *Ibid.*, p. 128.

²³ Louis de Rouvroy, Duque de Saint-Simon (1675-1755). Autor clásico de la descripción en el siglo de Louis XIV.

²⁴ Torres Bodet, *op. cit.*, p. 129.

²⁵ *Ibid.*, p. 130.

Este francés no definía, no mataba para hacerlo. A la categorías helénicas, el “mundano” exquisito que hubo en Montaigne opuso invariablemente una ley de perdón para todos los cambios, una alegría frente a todas las mutaciones.

Contemporáneos

Al terminar el período presidencial de Álvaro Obregón en 1924, Torres Bodet renunció a su cargo en la Secretaría de Educación; entonces empezó a trabajar como secretario particular del antiguo subsecretario de Educación, Bernardo J. Gastélum, obregonista convencido, quien acababa de ser nombrado jefe del Departamento de Salubridad. 1928 fue un año clave para Jaime Torres Bodet. Fundó la revista *Contemporáneos*. *Revista Mexicana de Cultura*, apoyado en el patrocinio económico del doctor Gastélum y en la cooperación de los editores Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo.²⁶ Colaboraron en la revista escritores reconocidos como Mariano Azuela, Ermilo Abreu Gómez, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, entre otros. A esta revista

debieron algunos el descubrimiento de Proust y de Apollinaire, la confrontación con el surrealismo, etc.

Trabajando ya en el departamento de Salubridad, Torres Bodet y un grupo de amigos tenían tiempo para discusiones literarias. En torno a su mesa de trabajo —ya Torres Bodet se afirmaba como el líder del grupo literario de los Contemporáneos—, sus colegas hablaban mucho de Morand y de Giraudoux, de Soupault y de Pierre Girard, de Lacretelle y de Jouhandeau. En su mayoría, los autores citados se ofrecían a las nuevas generaciones como los herederos directos de Marcel Proust; sin embargo, Torres Bodet notaba que nada de eso era exacto. Sin duda Proust les había enseñado algunas de sus maneras de ver, pero la novela de Proust constituía una suma histórica. En ellas habían cristalizado corrientes de todas las procedencias y aguas de todos los manantiales, Montaigne, por ejemplo. Más adelante Saint-Simon, Chateaubriand, Flaubert, los hermanos Goncourt y, en un grado distinto, Anatole France.²⁷ Así lo dejaba claro en sus conversaciones, en las cuales deja sentir el peso de su erudición. Torres Bodet escribió acerca de Proust en la revista que dirigió.²⁸

²⁶ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, 1985, México, FCE, p. 326-7. El doctor Gastélum, financió “de [su] propio peculio” los ocho primeros números (mensuales) de la revista.

²⁷ *Ibid.*, p. 143.

²⁸ Jaime Torres Bodet, “Aniversario de Proust”, *Contemporáneos*, 1928, 6, noviembre, pp. 280-91.

NOTAS

Conclusión

En Nueva York, apoyado sobre la borda del trasatlántico que lo llevaría junto con su esposa Josefina Juárez y su madre a su primer puesto diplomático en España, se repitió en voz baja los versos de Baudelaire:

*L'homme, ivre d'une ombre qui passe,
Porte toujours le châtiment
D'avoir voulu changer de place.*

(El hombre, ebrio de una sombra que pasa
Lleva siempre el castigo
De haber querido cambiar de casa).²⁹

Francia y su literatura tuvieron un lugar central en la identidad de Jaime Torres Bodet. Esto es una característica notoria de su figura y de su obra escrita y pública; resalta sobre todo la dimensión literaria de esta influencia. El recorrido de su formación temprana, sus lecturas y sus compromisos en el Estado mexicano forjaron un perfil de intelectual, no afrancesado a manera de pose artificial, sino de un carácter armónico, que sabe amar a dos patrias, una por vocación, otra por elección. Jaime Torres Bodet encarna su pertenencia en la cultura francesa, su sentido de identidad mundial.

²⁹ La traducción literal sería “cambiar de lugar”, *cfr.* Torres Bodet, *op. cit.*, p. 165.